

Raquel Rivas Rojas

Crónicas del destierro

(Selección)

Raquel Rivas Rojas es profesora, escritora, traductora. Licenciada en Comunicación Social (UCV, 1985), Magíster en Literatura Latinoamericana (USB, 1992), PhD en Estudios Culturales Latinoamericanos (King's College London, 2001). Ha publicado los libros de ensayo *Sujetos, actos y textos de una identidad* (Caracas: CELARG, 1998) *Bulla y buchiplumeo. Masificación cultural y recepción letrada en la Venezuela Gomecista* (Caracas: La Nave Va, 2002) y *Narrar en dictadura* (Caracas: El Perro y la Rana, 2011), así como el volumen de cuentos *El patio del vecino* (Caracas: Equinoccio, 2013) y la novela policial *Muerte en el Guaire* (Caracas: Ediciones B, 2016). Vive actualmente en Edimburgo y mantiene dos blogs: *Notas para Eliza* y *Cuentos de la Caldera Este*.

Documento accesible en línea desde la siguiente dirección: <http://revistas.javeriana.edu.co>



## Miradas

East Calder, 18 de enero de 2008

Amiga:

En algún lado leí que nadie puede mirar como los británicos. El verbo en inglés es *stare*, que significa “mirar fijamente” y que se traduce en la vida real como un escrutinio largo y denso que bordea la agresividad. Basta un paseo al abasto de la esquina para comprobar la teoría en un vecindario escocés. Uno abre la puerta de la calle y enseguida varias persianas se entrecierran, las cortinas se mueven en algunas ventanas. Los vecinos observan con la curiosidad del que está acostumbrado a las mismas rutinas diarias y de pronto se encuentra con una novedad.

Yo soy la novedad. Aparte de la evidente diferencia étnica, soy un bicho raro también por otra razón: me abrigo siempre más de la cuenta. Además de un sobretodo largo hasta las rodillas, uso botas, guantes, gorro y bufanda, cuando todos los demás salen con apenas una chaqueta, a veces incluso abierta, en franco desafío a los elementos. La gente por aquí parece tener como lema aquella frase del prócer que aprendimos con tanta solemnidad en la infancia: “si la naturaleza se opone, lucharemos contra ella...”, etcétera. Yo no interioricé nunca semejante espíritu de lucha. Los elementos siempre pueden más que yo.

Una vez cruzada la plaza, solo he superado el primer escrutinio. Un par de señores de edad avanzada acaba de estacionar en la orilla de la acera y se cruzan conmigo. Sus miradas tienen un tono más de alerta que de curiosidad. Tratan de descifrarme y el hecho de que los mire directo a los ojos y sonrío a modo de saludo no parece ayudar. Aquí todos se sienten con derecho a contemplarte largamente; pero no parece permitido que devuelvas la mirada. El espécimen observado debe ser humilde, debe aceptar el escrutinio ajeno con la cabeza gacha y sin ánimo de retribución. Si devuelves la mirada, tu gesto —que pretendía ser amigable— puede ser considerado un desafío.

Dejo atrás a la pareja de ancianos que, sin duda, continúa observándome mientras me alejo; tengo un pelo demasiado largo, oscuro y ensortijado para sus estándares. Avanzo hacia la primera tienda, donde venden periódicos, cigarrillos y una gran cantidad de otras cosas que van desde chocolates hasta tarjetas de felicitación. Es lo más cercano a una bodega que uno puede encontrar por aquí.

La tienda tiene una ventana amplia que le sirve de vitrina, para que los potenciales clientes se hagan una idea de lo que hay adentro. En este caso la vitrina parece funcionar al revés, y es el transeúnte el que se ofrece como entretenimiento a los que están en la tienda. Me miran desde adentro mientras paso, y aunque sonrío, más para mí misma que para el público cautivo, nadie parece darse por aludido.

Unos pasos más adelante hay un centro de salud. No es un hospital, sino uno de esos lugares a los que la gente va a verse con su GP —un médico general— para que le prescriba medicinas. El tema del sistema de salud en este país daría para llenar unas diez notas, así que lo dejo por ahora. Frente al dispensario —vamos a llamarlo así por economía del lenguaje— hay un estacionamiento público y la gente que viene a hacer sus compras al abasto parece estacionarse ahí cuando no hay puestos en la calle. Me cruzo con varios vecinos cargados de bolsas.

Todos me miran, más o menos detenidamente, menos una mujer joven que, una fracción de segundo después de cruzarse con mi mirada observa con atención innecesaria las llaves de su carro. Supongo que es su manera de decirme que me entiende, que ella también ha sido objeto de las miradas fijas de sus vecinos y que sabe lo incómodo que resulta. Noto que todos los vecinos que salen del abasto cargan al menos cuatro bolsas de plástico. Ninguno parece haber aceptado el llamado ecologista de usar bolsas permanentes de tela, para salvar al planeta de la contaminación ambiental. Yo, que cargo mi bolsa verde bajo el brazo, me siento algo fuera de lugar militando en la causa ambientalista en un lugar en el que los propios dolientes hacen caso omiso del supuesto peligro.

Cuando finalmente entro al abasto, me espero una lluvia de miradas; pero apenas hay un par de clientes y, la verdad, es que nadie me hace el más mínimo caso. Mientras elijo mi pollo orgánico, mis frutas y mi ensalada, una señora con su hija se entretiene decidiendo cuál caja de comida congelada va a comprar esta vez. Después de meter en la cesta el obligado queso feta y el yogur griego, voy rauda y veloz a la caja, porque tengo hambre y no quiero tardarme más de la cuenta.

Mientras pago, se para detrás de mí un muchacho joven en mangas de camisa, con un litro de leche en la mano. Siempre me tardo más de lo debido, porque todavía me cuesta reconocer algunos billetes y monedas y porque, además, tengo que poner con cuidado todos los productos en mi bolsa ecológica. Después de pagar, me vuelvo a encasquetar el gorro, ajusto mi bufanda y me pongo los guantes. En ese tiempo, el joven del litro de leche paga y se dispone a salir. Ahora soy yo quien mira fijamente al extraño espécimen que se atreve a exponerse en mangas de camisa a uno de los climas más hostiles del universo. Salgo detrás de él y lo observo. El único gesto que delata que podría estar consciente de la temperatura es que guarda la mano que le queda libre en el bolsillo del pantalón.

Regreso caminando detrás del joven sin termostato, apesadumbrada por mi debilidad y falta de resistencia. En la cuadra y media que me separa de mi hogar tibio hogar voy pensando que tal vez me he imaginado todo y que, en realidad, a ningún vecino le interesa mi tránsito por el vecindario. Pero no he terminado de

acariciar este reconciliador pensamiento cuando una mano blanca aparece claramente por una ventana haciendo el típico gesto del saludo: es Susan, la vecina, quien ha estado midiendo cada uno de mis pasos desde que aparecí al final de la plaza para calcular el momento exacto en que voy a verla y hacer el gesto que acaba de confirmarme que no hay quien mire como los súbditos británicos.

Así que no me lo estaba imaginando amiga, ¡los vecinos me observan!  
Te mando un abrazo paranoico,

r

### **Sufrir en autobuses**

East Calder, 27 de marzo de 2008

Amiga:

Ya te he contado varias veces sobre los autobuses escoceses. Tal vez porque en el pueblito en que vivimos ellos son el único vínculo con el mundo que está más allá y porque a través de ellos puedo relacionarme con la ciudad y la gente. Cuando estás encerrado en un espacio reducido con un grupo de personas desconocidas, terminas aprendiendo cosas, en el mejor de los casos, o sufriendo otras, porque está en la naturaleza humana incordiar al prójimo. Dos veces he estado a punto de vomitar de asco en un autobús escocés.

La primera vez veníamos de alguna incursión urbana que nos había obligado a estar hasta tarde en la calle. Luego de esperar en la helada noche al borde de una carretera que iba al centro, llegó finalmente nuestro autobús y, después de pagar, decidimos subir al segundo piso, porque abajo estaba casi lleno. Nos gusta sentarnos en los primeros asientos del segundo piso, porque desde ahí puedes ver por las inmensas ventanas hacia adelante y sientes como si fueras tú quien va manejando el vehículo. Pero esta vez un señor enorme o una señora igualmente enorme ocupaba el primer asiento de la derecha. En el de la izquierda había el par de adolescentes que nunca falta, jugando con sus teléfonos celulares y sus iPods. Así que nos sentamos en el segundo asiento de la derecha, detrás del espécimen cuyo género no habíamos logrado dilucidar a simple vista.

Tres segundos después me di cuenta de que nuestro vecino del asiento de enfrente se estaba comiendo una especie de pollo a la brasa. El pollo estaba envuelto en un papel grasiento y guardado en una bolsa de plástico azul. Cada tres o cuatro minutos, el ser que estaba delante abría la bolsa y sacaba con la mano un pedazo de pollo, cerraba la bolsa de plástico, masticaba ruidosamente y volvía a repetir la operación. Cada vez que se abría aquella bolsa grasienta llegaba a nosotros un olor repulsivo a pollo semicrudo, con grasa de treinta días y, tal vez, alguna salsa de origen indescifrable.

Las primeras dos escenas de este espectáculo me desataron unas ganas intolerables de vomitar. No era tanto el olor del pollo que imaginaba revuelto con quién sabe qué inmundicias; era más bien la visión de aquellas manos de uñas negras empaticadas de grasa y el chasquido de los dientes al masticar del ser que comía casi encima de mí... Todo el asunto me resultaba grotesco y asqueroso.

De más está decir que terminamos cambiándonos de puesto, porque era eso o que yo vomitara en medio del pasillo y el panorama se volviera aún más complicado. El ser que comía pollo se volteó a vernos un par de veces, porque creo que resultó evidente la razón por la que nos cambiamos de lugar. Pero sin sentirse demasiado afectado siguió comiendo hasta que la bolsa quedó llena solo de huesos y grasa. Viagé todo el camino con el estómago revuelto y aún en la noche seguía sintiendo en la nariz aquel olor insufrible.

La segunda vez fue hace apenas unos días. Regresábamos del centro después de una larga jornada haciendo diligencias. Esta vez nos sentamos en la parte de abajo, en unos asientos elevados que quedan a la altura de las ruedas del vehículo y que a Lyo le gusta llamar *King-and-Queen*, porque parecen los tronos de la nobleza del transporte público. De lo más contentos veníamos en nuestros tronos cuando de pronto un muchacho de origen asiático, que estaba sentado unos tres puestos delante, bajó la cabeza y en un solo impulso vació en el piso del autobús todo el contenido de su estómago.

El sonido que hace una persona al vomitar es tal vez uno de los más universales y reconocibles de cuantos ruidos es capaz de producir el cuerpo humano. Y es, como el bostezo, contagioso. Al menos para mí. Yo no tengo que ver a alguien vomitar, ni siquiera tengo que sentir el olor característico del vómito, me basta con escuchar el sonido de alguien vomitando para que a mí inmediatamente me den ganas de arquear. Y es un impulso incontrolable: mi estómago comienza a revolverse y empiezo a sentir en el esófago que todas mis tripas se quieren salir para afuera, ¡es horrible! Así que te puedes imaginar mi sufrimiento, encerrada en una caja de un metro y medio de ancho con un ser que acaba de devolver el alma y con los líquidos de su estómago rodando por el piso, hacia atrás, hacia adelante y a los lados, junto con las idas y venidas del autobús.

En otras circunstancias la solución hubiera sido simple, saltar del autobús en la siguiente parada y asunto resuelto. Pero cuando vives en un pueblito en las afueras, en un lugar donde la temperatura promedio sigue siendo aún hoy de cinco grados, no hay cambio de autobús que valga. Porque bajarte en la siguiente parada implica pasar al menos media hora a la intemperie, en espera del siguiente autobús y eso, cualquier día a cualquier hora, pero especialmente un día feriado a las seis de la tarde, está fuera de toda consideración. Así que ahí estábamos, atrapados y

nauseabundos, al menos yo. Me sentía en un trasatlántico en medio del océano: por un rato todo parecía moverse en cámara lenta y el tiempo se hizo eterno.

De pronto, algunos muchachos que parecían conocer al sujeto causante de mis desdichas se levantaron de sus asientos al ver que el joven parecía estar desmayado. Lo llamaron, le hablaron, lo sacudieron. El muchacho seguía recostado de la ventana y apenas reaccionaba. Finalmente, el chofer pareció entender que algo inusual estaba sucediendo, paró el autobús y salió de su protegida cabina a evaluar la situación. Cuando vio que se trataba de un grupo de jóvenes que habían tal vez tomado un poco más de lo debido, les pidió que se bajaran inmediatamente.

El que había vaciado en el piso el contenido de su estómago no parecía tener ni ánimo ni fuerzas para moverse, de manera que el chofer tuvo que insistir y casi amenazar. Sacó un celular del bolsillo y comenzó a llamar a alguien. No se sabe bien a quién, pero los muchachos parecen haber considerado que esa llamada podía implicar una complicación mayor y decidieron ayudar al borrachito a bajarse. Sabían lo que les esperaba afuera: media hora de frío inclemente, si había suerte. Pero tal vez eso era justo lo que necesitaban para superar el susto y la vergüenza, ¿no?

Nosotros no fuimos tan afortunados. Tuvimos que quedarnos con el vómito dentro de la caja rodante hasta llegar a casa. Parece increíble que yo sea capaz de decir esto: pero a veces el asco es más soportable que el frío.

Te mando un abrazo revuelto,

r

## **Aeropuertos**

East Calder, 6 de junio de 2008

Amiga:

Cuando uno vive en medio de dos culturas es inevitable hacer comparaciones, y justo cuando regresas de un viaje, es cuando los contrastes se hacen más evidentes. En mi viaje de ida y vuelta, de Edimburgo a Caracas vía París, pasé por tres aeropuertos, tres culturas, tres modos diferentes de manejar la idea del viaje y la concepción de lo que es un pasajero. Y no me quedan dudas de que, en la comparación, los que quedan peor parados son los aeropuertos venezolanos. Y digo los aeropuertos, porque pasé por Maiquetía y por Mérida y El Vigía, así que creo que puedo usar el plural sin exageración.

En un aeropuerto europeo te sientes en total libertad de moverte y el único momento en que tienes que someterte a las normas de seguridad es cuando pasas la puerta del chequeo. Ahí te despojas de todas tus pertenencias, las pones en

una bandeja, pasas al otro lado y asunto concluido. Ocasionalmente, te piden una revisión extra del equipaje de mano y si se te ha olvidado que no puedes cargar líquidos te los quitan implacablemente (te lo digo yo que he perdido dos perfumes por distraída). Pero nada más.

El resto del tiempo que transitas por un aeropuerto europeo es exacto al tiempo que pasas en un gran centro comercial, miras tiendas, comes, te tomas un café, lees la prensa... Ni siquiera existe la angustia de los aeropuertos norteamericanos, donde el chequeo de inmigración es francamente denigrante. Aquí los funcionarios conversan mientras al descuido abren tu pasaporte y lo vuelven a cerrar sin siquiera mirarte. Cuando todavía estás esperando que te hagan un cerrado interrogatorio sobre el propósito de su visita, el funcionario se asombra de que sigas parada enfrente, sin dar paso al próximo pasajero que espera en la fila.

¡Qué contraste con nuestros aeropuertos! La palabra que mejor define los aeropuertos venezolanos es autoritarismo. En realidad, es tal vez la palabra que define todas nuestras relaciones con las instituciones, sean cuales sean. En un aeropuerto venezolano te sometes de entrada a la autoridad incontestable de la aerolínea que te transporta y a la autoridad bruta de los funcionarios que verifican tu identidad y que uno nunca sabe si son policías o funcionarios del CICPC o guardias nacionales vestidos de paisano. Jamás he comprendido por qué un guardia nacional o funcionario de inmigración se considera autorizado a preguntarte cuál es el propósito de tu viaje al exterior, ¿habrá alguna respuesta incorrecta a esa pregunta? ¿Existe alguna ley que prohíba que uno viaje fuera de su país a hacer lo que se le venga en gana?

Pero no es solo eso, en Maiquetía también debes someterte al escrutinio de personajes extraños que se mueven por los pasillos con un aire de propietarios y que uno no sabe muy bien qué tipo preciso de autoridad ostentan. Para evitar malentendidos, lo mejor es pasarles por un lado sin levantar ninguna sospecha. Tal es la impunidad y la falta de escrúpulos de los oscuros personajes que se mueven en nuestros aeropuertos que ya hemos escuchado dos veces, por dos vías diferentes, historias de pasajeros extranjeros a los que “ruletean” para sacarles dinero en efectivo. El cuento es siempre el mismo y, solo como muestra, traduzco la historia que le escuché directamente a un pasajero en enero, cuando esperábamos en Maiquetía para abordar.

El joven era evidentemente un norteamericano que había pasado unos días de vacaciones en Venezuela, tal vez con el ingenuo propósito de ver en persona el llamado socialismo del siglo XXI. Su aspecto de viajero informal —mochila, jeans, franela desgastada, zapatos de goma— contrastaba con el atuendo de los venezolanos que viajan al extranjero y que suelen vestirse como si fueran a un

almuerzo de negocios. Esta debe ser la primera pista que pone en alerta a los funcionarios especuladores de Maiquetía. La segunda pista es el acento o la evidente incapacidad de comunicarse en español. El asunto es que los inescrupulosos funcionarios capturan a su presa basándose en el principio de que son jóvenes, están solos, no conocen las reglas y no hablan el idioma.

Una vez que escogen a sus víctimas la rutina parece ser la misma. Separan al individuo del resto de los pasajeros y someten su equipaje a un detenido escrutinio. Luego se inicia un interrogatorio lleno de preguntas y contrapreguntas que hacen que la pobre víctima se sienta cada vez más confundida. Finalmente, le aseguran al viajero que debe someterse a una supuesta radiografía para demostrar que no es portador de ninguna droga. Acto seguido se llevan al atribulado joven en un taxi para una supuesta clínica que queda “aquí cerca”. Cualquiera que conozca la ubicación del aeropuerto de Maiquetía sabe que nada queda cerca... Y menos una clínica.

Por supuesto, el asustado viajero a estas alturas ya ha mirado el reloj quinientas veces y está seguro de que si no se apura va a perder el vuelo. Un vuelo que seguramente pagó a la tarifa más barata, esa que no permite cambios ni reembolsos por ningún tipo de inconvenientes. Así que el pobre pasajero saca la cuenta y piensa que lo mejor será hacer todo como se lo indican para que el asunto se resuelva lo más pronto posible.

Pero, por supuesto, eso es exactamente lo contrario de lo que quieren los ruleteadores de Maiquetía, para quienes cada minuto que pasa se dibuja como una cifra más en dólares. Parece que el ruleteo en realidad incluye el paso por una supuesta clínica que debe estar en Catia La Mar o tal vez en La Guaira. Ahí hacen esperar al pobre joven durante minutos que parecen horas, sentado en un solitario pasillo donde no hay ni doctores ni pacientes ni nada que indique actividad inmediata. Cuando ya resulta inminente la pérdida del vuelo del pobre pasajero, los funcionarios regresan de sus supuestas gestiones para informarle al joven que al parecer no hay posibilidad de hacerle la famosa radiografía allí y que entonces van a tener que ir a otra clínica que queda más lejos... Hay una pausa que permite que la pobre víctima calcule la gravedad del asunto y luego el funcionario ofrece graciosamente una solución.

Por quinientos dólares en efectivo ellos podrían hacer caso omiso de los procedimientos y devolver al pasajero rápidamente al aeropuerto para que pueda tomar su vuelo y olvidarse de todo este desafortunado incidente. ¿Qué otra opción le queda al joven desprevenido? Solo contar uno a uno los churupos que le quedan y entregarles a los mafiosos del aeropuerto hasta el último centavo que logra recolectar entre sus pertenencias. Con un profundo alivio el

joven entra finalmente al área de espera de Maiquetía, pero las manos todavía le tiemblan mientras les cuenta su odisea a dos compatriotas que escuchan sorprendidos su historia tomándose un café. A nosotros, que estamos sentados al lado, se nos cae la cara de vergüenza y no podemos salir de nuestro asombro. Nos preguntamos a cuánta gente le habrán hecho lo mismo los inescrupulosos funcionarios de Maiquetía.

Si me pones a elegir, escojo mil veces los aeropuertos europeos.

Te mando un abrazo desolado,

r

### La biblioteca inútil

East Calder, 20 de febrero de 2009

Amiga:

Estoy llenando una solicitud para un puesto que se abrió en una universidad en Birmingham. Puede ser una oportunidad interesante, aunque implicaría otra mudanza y miles de otros traumas que no vienen al caso; pero lo que quiero contarte es que el acto aparentemente simple de llenar una planilla de trabajo me ha producido un estado de desasosiego —para usar una palabra de Pessoa que a las dos nos gusta— del que no he podido salir en una semana.

La razón es más bien irrelevante y la verdad es que a cualquier otro ser le resultará un asunto de lo más natural. Tengo que poner en un papel toda mi existencia, incluyendo mi estatus étnico, y tratar de venderme como si fuera una mercancía deseable en el restringido mercado de la academia.

No es fácil venderse como una mercancía deseable. Sobre todo cuando cada vez crees menos que lo que haces tiene un valor trascendental y cuando parece haber perdido la noción misma de lo que es relevante en lo que se supone que es tu campo de trabajo. Es como si se me hubieran borrado los parámetros, debido a una especie de amnesia selectiva, y ya no pudiera concebir para qué sirve lo que he estado haciendo en los últimos veinte años.

En los momentos de parálisis, cuando me es imposible seguir llenando la bendita planilla en la que me exigen que plantee con claridad cuál es mi plan de investigación para los próximos cinco años, me dedico a ordenar mi biblioteca. Acabamos de comprar unos travesaños de madera y unos pie-de-amigo (¿cuál es el plural? ¿pies-de-amigo? ¿pie-de-amigos?) para instalar de manera definitiva en mi estudio los cuatrocientos kilos de libros que me traje de Caracas. Y se supone que debo ordenarlos de una manera coherente. Digamos que debo al menos colocar unos a lado de otros, los libros que se parecen entre sí. Pero incluso

esta tarea simple, que he hecho cada vez que mi menguada biblioteca se muda conmigo, me resulta agobiante.

Algunos libros caen casi naturalmente unos con otros en los estantes. Por ejemplo, todos los textos de literatura —novela, cuento, poesía— están agrupados de manera relativamente clara, ordenados solo por un vago sentido geográfico. Cuando se me atraviesan las crónicas y otros textos periodísticos y misceláneos —novelas gráficas, por ejemplo— que me cuesta ubicar, me armo de valor y los apilo en los bordes.

Pero otros libros se me quedan en las manos como si no pudiera encontrar para ellos un lugar que no sea discutible. Entonces creo la categoría de ‘lugar provisional’ y ahí voy amontonándolos hasta que lo provisional se vuelve tan generalizado que tengo que volver a empezar la clasificación desde el principio. En eso he estado en los últimos tres días.

El arreglo de mi biblioteca me ha producido algunas sorpresas. Por ejemplo, los textos que me traje de literatura venezolana son muchos más de los que recordaba haber metido en mis baúles. Pensé que en este exilio en el que la tierra se me desdibuja, debido a una creciente desesperanza y a otras tristezas, no iba a tener ánimo ni interés de continuar trabajando con lo que se escribe por allá. Y creí haber expurgado esos textos hasta el mínimo indispensable. Pero resulta que no, que tengo más literatura venezolana de la que tal vez quiera leer en los próximos diez años.

Mientras arreglo los textos de teoría en el espacio que les he asignado me doy cuenta de que ahí está concentrado todo lo que he aprendido y enseñado. Todo me parece tan remoto, tan antiguo. No sé cómo regresar al espacio en el que estaba mi mente cuando creía que todo eso era importante. No sé cómo formular una propuesta de investigación. No sé qué quiero aprender o estudiar... ni por qué.

Cuando te quedas sin raíces también te quedas sin razones.

Tal vez lo que tengo que hacer es volver a mi planilla y tratar de encontrar el hilo perdido. Pero no va a ser hoy, no en esta tarde lluviosa en la que escucho a Alela Diane y miro por la ventana con un té en las manos. Tengo que ir al abasto a comprar leche...

Te mando un abrazo confundido,

r

## Perder un mundo

East Calder, 1 de junio de 2010

Amiga:

Tengo abierta la maleta desde el sábado y hasta hoy tenía adentro apenas unos libros y unos pares de medias. Llenar una maleta es siempre un ejercicio de anticipación —¿con qué ánimo vamos a estar para vestirnos cómo?—, pero a la vez es la encarnación de un imposible. No cabe todo. Y lo que se deja afuera siempre parece necesario. Hasta que cerramos el último cierre y entonces la maleta se vuelve el sitio donde lo que cuenta es lo que está dentro. La maleta se convierte en la posibilidad de no necesitar nada más. Es el lugar de la libertad.

Cada vez que hago una maleta paso por todas esas etapas que van de la angustia a la resignación a la liberación. Mi maleta está ahora a medio hacer, así que estoy en medio de un desasosiego digno de Pessoa. Es la primera vez que viajar a la tierra me causa esta angustia que llega casi al espanto. Desde hace una semana tengo jaqueca y me cuesta dar con la razón de este susto.

Tal vez lo ideal sería, como cuenta Suniaga en *El pasajero de Truman*, acercarse a la tierra en barco, con tiempo de sobra para adaptarse a la idea de volver, con un ritmo lento que permita ir mirando la llegada a las costas desde lejos y concebir el retorno como una lenta y pausada aparición en el horizonte. Pero no estamos en esos tiempos de alargados viajes transoceánicos.

Y la verdad es que ya me parecen suficientemente largas las diez horas que tengo que pasar atrapada en un perol que vuela sobre el mar de París a Caracas. A las que se suman otras tres horas desde aquí hasta París, más los tiempos de espera en los aeropuertos, más los traslados de la casa al aeropuerto, de Maiquetía a Caracas. Un calvario, pues.

Así que no necesito más tiempo de viaje, ninguna pausa extra. Lo que necesito en realidad es un viaje instantáneo que me impida pensar en la densidad del regreso. No es posible anticipar lo que se va a sentir, pero sé que la angustia de hoy —las náuseas, la jaqueca— tiene que ver con una especie de nostalgia anticipada. Me aterra volver, no por la vuelta en sí, sino por el regreso. Por lo que voy a extrañar cuando esté desandando esas diez horas, más tres, más cuatro de espera en el Charles de Gaulle.

Cuando viví en Londres por cuatro largos años, me prometí a mí misma que no regresaría a la tierra hasta que me tocara volver del todo. Casi lo cumplí. Pero tuve que volver por razones de salud y me aterrorizó la idea. Igual que ahora, no me asustaba volver, sino enfrentarme al hecho de que no se trataba de un regreso definitivo. Pero aquella vez sabía que iba a llegar el día en que metería todos mis peroles en una o varias maletas y volvería a la tierra para siempre.

No duró mucho esa eternidad imaginada. Y aquí estoy otra vez: afuera y adentro. En esta especie de limbo que es la nostalgia. Tal vez es cierto lo que dice Helene Cixous, que tenemos que perder un mundo para poder ganar otro. Yo estoy en proceso de descubrir que perdí un mundo y tal vez mi pánico no es a volver —a la tierra o al destierro—, sino a descubrir que, en este momento, mi lugar es una pérdida y que eso ya no tiene remedio.

No estoy ni aquí ni allá. Estoy en este punto medio en el que no me he acomodado todavía a ninguna parte. Y lo que me asusta es que este limbo puede ser el lugar del resto de mi existencia. Porque lo peor de volver desde el exilio al lugar de origen es descubrir que ya no perteneces.

Y cuando se me desate la nostalgia, en ese viaje de regreso, no va a ser una nostalgia por un lugar real, sino por una pertenencia que ya no puedo sentir. Volver es enfrentarse a lo imposible.

Te mando un abrazo anticipado,

r

### **De vuelta**

East Calder, 23 de junio de 2010

Amiga:

Estoy aquí sentada frente a mi portátil mirando el cielo nublado por la ventana a medio abrir y tratando de hacer un balance de mi visita a la tierra. Tengo una de esas gripes transoceánicas que solo se pueden agarrar en los aviones y mi ánimo no es precisamente amable. Pero aún así insisto en tratar de escribir algo que de algún modo deje constancia del viaje de ida y vuelta.

Mi primera reacción mientras esperaba en el aeropuerto, por horas de horas, fue de una especie de alivio. Ya no me siento segura en mi propio país y eso me pone triste. Antes de embarcar, tuve que bajar a la zona de carga de Maiquetía a abrir mi maleta, porque había en ella algo sospechoso: libros. Los guardias nacionales que te obligan a abrir tus maletas en el aeropuerto parecen aves de rapiña en busca de presas fáciles. El guardia que te pregunta por qué vives fuera del país, y cuándo tienes pensado volver, suena como uno de esos personajes de películas de espías, detrás de una cortina de hierro que se supone que ya no existe más.

No me sentí cómoda. No me sentí segura. Quería salir corriendo de una vez y llegar a un lugar en el que la arbitrariedad tuviera al menos una cara más amable. Un lugar en el que funcionaran los cajeros automáticos, en el que no tuviera que mirar cada tanto por encima del hombro, en el que tuviera internet en casa las veinticuatro horas del día, en el que pudiera ver la televisión sin exponerme a interminables cadenas, en el que nada de lo que se hace de manera cotidiana pareciera un delito.

Ya en el avión, con más de diez horas para hacer balance, pude pesar y medir con calma los afectos que se quedaron atrás, las demostraciones de cariño, las risas, los cuentos, las promesas de volver. No sentí nostalgia, porque todo estaba todavía demasiado cerca. Más bien sentí alivio de poder descansar de la queja permanente. A ratos tuve la sensación de que en la tierra toda conversación comienza y termina en la queja política. Es una desgracia.

Pero, por suerte, hay también planes, ganas de hacer cosas, jirones de esperanza por aquí y por allá. En Caracas todo parece estar igual. La gente soporta la vida lo mejor que puede, sin demasiadas angustias. En Mérida, me pareció que había un empuje y unas ganas de hacer cosas que iba más allá de la supervivencia. Aunque no puedo evitar recordar las repetidas conversaciones en las que las ganas de hacer algo terminaban en planes de huida.

Me preocupa que en demasiados casos la esperanza esté puesta en irse lejos. No soy yo quien va a lanzar la primera piedra contra el destierro. ¿Cómo podría? Pero la idea de que la única solución que queda es irse me parece engañosa. No sé. Tal vez lo que pasa es que prefiero imaginar que alguien se planta y echa raíces sin tanta quejadera y tanto llanto. La desesperanza es una cosa horrible, y si se trata de hacer balance, lo que vi en la tierra fue mucha, demasiada, desesperanza.

Y entiendo por qué, entiendo cómo, pero no me resigno. Creo que a la gente en la tierra le hace falta horizonte, mundo abierto, perspectiva. Están demasiado encerrados en sí mismos. Y la lucha diaria, hora a hora, contra adversidades tan duras que son imposibles de obviar, hace que ese horizonte se desaparezca. Y lo que hace falta no es horizonte para irse, sino para quedarse.

Sin embargo, ahora que estoy de regreso, en este lado del mundo que parece ofrecer una perspectiva más ancha, siento como si hubiera estado quince días encerrada en una pecera. Un espacio limitado, con una densidad otra, que no te permite airearte, circular libremente, pensar en otra cosa. Un lugar acotado por la necesidad y la escasez. Un territorio marcado por la insatisfacción. Una especie de cárcel.

Nunca pensé que el exilio iba a sentirse como una forma de liberación. Hasta ahora, mi separación de los lugares y los afectos que sentía más míos había sido dolorosa. Ahora ya no sé. Ahora que siento alivio de estar lejos me he quedado como suspendida en una nostalgia que no tiene raíz. Y este es un desarraigo frío, inconsecuente, duro como una piedra.

He llegado por fin a este otro lado del exilio. Y ya no quiero volver. Ya no sé ni siquiera si quiero seguir escribiendo sobre este exilio.

Te abraza distante,

r